

Martín Solares

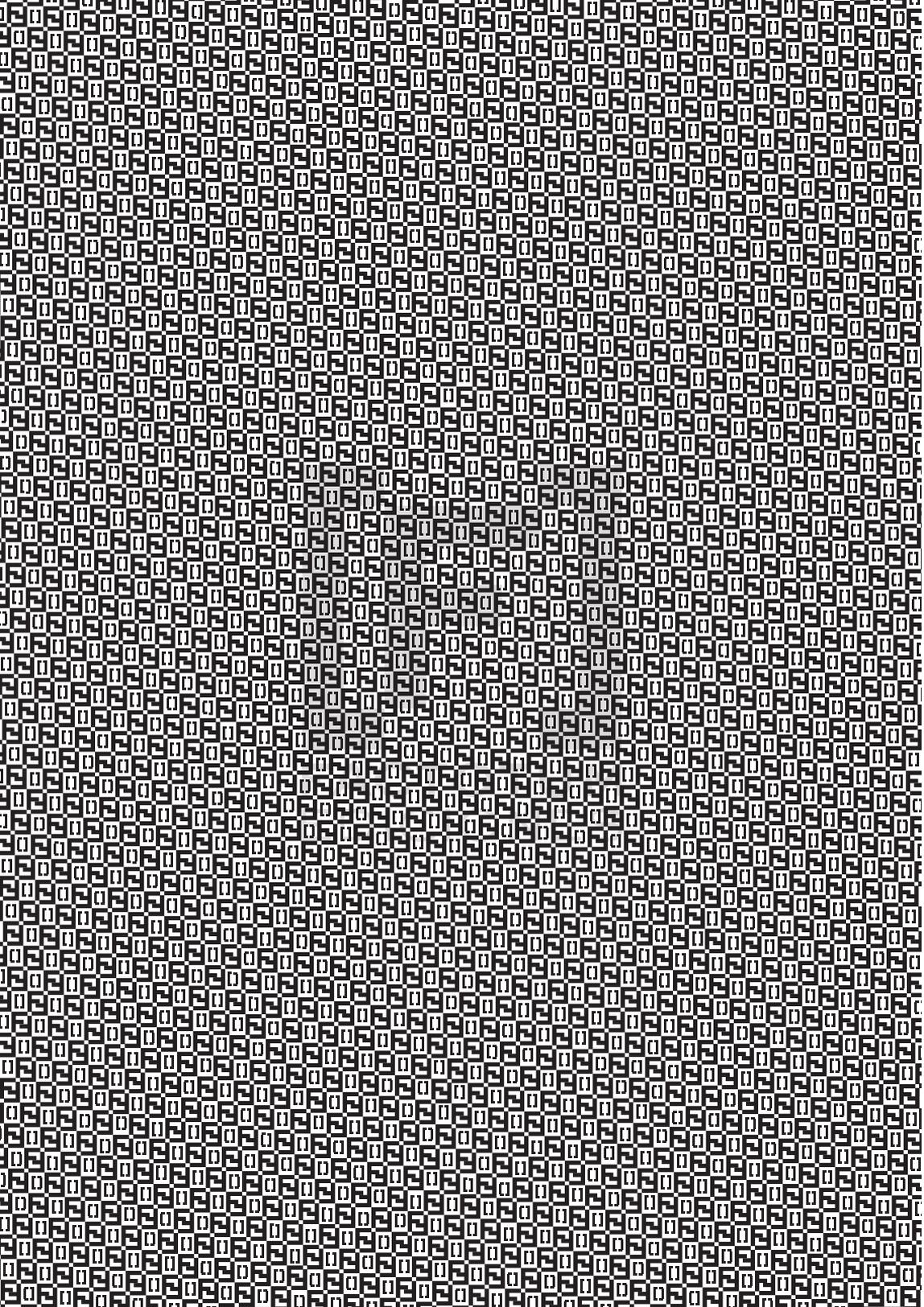
# LA FORMA DE LAS NOVELAS

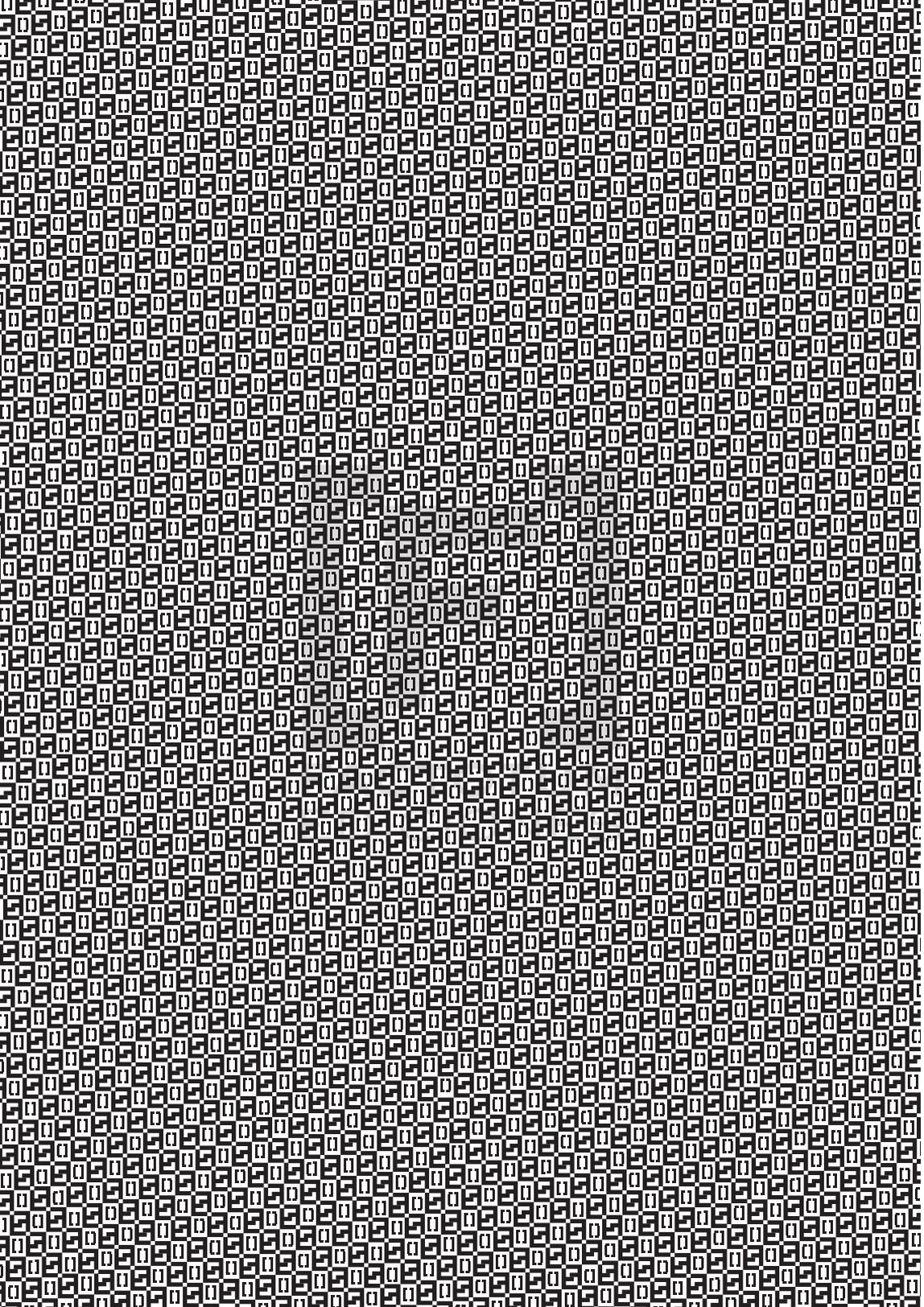
---

*y otros métodos instantáneos de análisis literario*

CARSON MCCULLERS / CORMAC MCCARTHY  
DASHIELL HAMMETT / EDGAR ALLAN POE  
FIÓDOR DOSTOYEVSKI / HERMAN MELVILLE  
ITALO CALVINO / J. M. COETZEE  
JORGE LUIS BORGES / JULIO VERNE / KURT VONNEGUT  
LAURENCE STERNE / MALCOLM LOWRY / MARK TWAIN  
MIGUEL DE CERVANTES / MILAN KUNDERA  
PATRICIA HIGHSMITH / PAUL AUSTER / RAY BRADBURY  
RAYMOND CHANDLER / ROBERT DESNOS  
ROBERTO BOLAÑO / ROMAIN GARY  
THOMAS PYNCHON / TONI MORRISON

FACTOTUM  
EDICIONES







FACTOTUM  
EDICIONES



FACTOTUM  
EDICIONES

# LA FORMA DE LAS NOVELAS



FACTOTUM  
EDICIONES

---

Solares, Martín

La forma de las novelas : y otros métodos instantáneos de análisis literario / Martín Solares.

- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2025.

144 p. ; 22 x 15 cm. - (Tinta)

ISBN 978-987-4198-63-1

1. Escritura. 2. Literatura. I. Título.

CDD M860

---

© Martín Solares, 2025

© Factotum Ediciones, 2025

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

[www.factotumediciones.com](http://www.factotumediciones.com)

Coordinación editorial: Natalia Brega

Composición de los textos e ilustraciones: Martín Solares

Corrección: Florencia Piluso

Composición de tapa e interior: Natalia Brega

ISBN 978-987-4198-63-1

Libro de edición Argentina.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

El 15% de este libro, en una versión muy primitiva, obtuvo el Premio Nacional de Ensayo José Revueltas 2015 que otorga el Instituto Nacional de Bellas Artes. El resto de los ensayos fueron desechados y sustituidos por nuevo material con el apoyo de una beca del Sistema Nacional de Creadores.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Martín Solares

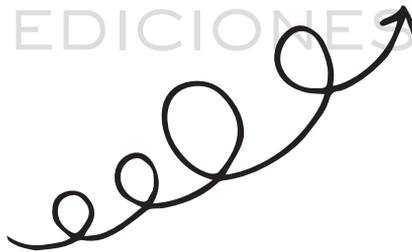
# LA FORMA DE LAS NOVELAS

---

*y otros métodos instantáneos de análisis literario*



FACTOTUM  
EDICIONES





FACTOTUM  
EDICIONES

# Inventario

<b>Prólogo</b>	13
<b>Mi tío y el tigre</b>	15
<b>El héroe que salió de un sombrero</b>	21
<b>Lo que vive en el fondo de la laguna</b>	27
<b>La invención del autor</b>	33
<b>El tiempo y los planetas</b>	39
<b>El árbol de los personajes</b>	45
<b>Tres formas del fuego</b>	47
<b>Cómo convertir un libro de cuentos en una novela</b>	55
<b>Un cronómetro para la novela romántica</b>	63
<b>Maneras de volverse aburrido</b>	69
<b>El método futbolístico</b>	73
<b>La música de las novelas</b>	77
<b>Instrucciones para dibujar relatos</b>	81
<b>El fantasma de la estructura</b>	83
<b>Había una vez</b>	117
<b>Teoría de los tigres</b>	121
<b>¿Puede un cuento salvarnos la vida?</b>	131



FACTOTUM  
EDICIONES

*Para Rosario Heredia,  
que amaba las novelas*



FACTOTUM  
EDICIONES



FACTOTUM  
EDICIONES

## Prólogo

Se cree que el aleteo de una mariposa puede provocar un maremoto al otro lado del mar, lo cual sólo es parcialmente cierto: si se halla dentro de una ficción, la mariposa debe aletear al menos tres veces. Dos, si se halla en un cuento.

La ficción es un tipo particular de encantamiento, que puede romperse por la menor falta de atención al detalle. Una imagen literaria imperfecta, mal construida, incoherente con el estilo del autor, o que no viene a cuento, y el hechizo se rompió, nos sacaron del libro. Vimos a un mago mediocre haciendo mal su trabajo, se acabó la ilusión que nos llevaba a otro mundo y estamos fuera de allí.

A la ficción pueden romperla los descuidos, las explicaciones demasiado largas, las imágenes pomposas, artificiales o incoherentes con el resto del relato, el orden en que disponemos cada frase, las historias que incluimos en la historia principal. Una

digresión excelente, que nos ofrece otro punto de vista o un tema adicional, contribuye al éxito del relato si se realiza en el momento adecuado, pero un poco después provoca el fracaso.

A diferencia de la prosa periodística y la académica, las frases que usamos para escribir ficciones componen un material peculiar, que puede adoptar todos los estados de la materia. Aunque sea capaz de arrastrar material pesado, la ficción fluye mejor si se retiran las citas textuales, el caló académico, el tono periodístico, las toneladas de datos que se refieren a la realidad, las vacilaciones notorias, la moralina o la pretensión de escribir alta poesía. La ficción no es un baúl en el cual puedas arrojar calcetines.

El escritor de ficciones tiene dos obligaciones en la vida: inventar una manera personal de decir “Había una vez”, y asegurarse de que al final de cada frase el lector se pregunte: “¿Y ahora qué va a pasar?”. Cuando la ficción es de gran calidad la prosa nos parece un material extraño, que proviene de un tiempo antiguo y un país remoto. Contiene esa dosis de literatura que necesitamos para resistir las adversidades, ponernos de pie y disfrutar de este mundo.

Este libro propone métodos breves y raudos para analizar ficciones. O para comenzar una conversación. Los escribí porque estoy convencido de que nada iguala la capacidad de arrastre de una buena ficción, sea cuento o novela. Luego de leer un buen cuento seguiremos flotando por mucho tiempo alrededor de la historia, como los náufragos arrastrados por las corrientes. En la noche más oscura de la vida, nada ilumina y acompaña mejor que una historia bien contada, una historia de ficción. Si se tiene esa historia no se necesita nada más.

## Mi tío y el tigre

*A Víctor del Árbol*

De la cabeza a la punta de la cola medía más de dos metros. Cuando íbamos a visitarlo, mis hermanas, mis primos y yo nos recostábamos sobre el monstruo enorme, saltábamos y rodábamos sobre él, para que de inmediato, dos o más de nosotros se metieran bajo su piel, lo alzaran y persiguieran al resto de los presentes. Cuando la calma volvía, le preguntábamos a mi tío cómo fue que llegaron a la espalda del animal esos orificios tan grandes y con los bordes quemados, y mi tío nos contaba el mejor cuento de su vida.

Al tigre lo mató mi tío, en defensa propia, la noche en que el animal lo atacó. Mi tío quería vivir en el campo, y para cumplir ese sueño arrastró a su esposa e hijos a un sitio muy alejado de cualquier carretera principal. Resistieron allí dos ciclones, tantas tormentas tropicales como pudo recibir el golfo de México y

cierto tipo de sorpresas que sólo pueden visitar a quien vive en las faldas de un cerro.

Una de ellas fue el tigre. Al poco tiempo de instalarse, y contra toda recomendación, mi tío compró tres vacas muy caras, de una raza extranjera, en las que puso todas sus esperanzas, vacas que nunca se habían visto en esa zona. Al verlas, los viejos del rancho llegaron a la misma conclusión: “Aquí nunca hemos tenido este tipo de animales, no sabemos qué va a pasar”. Al poco tiempo, una de las vacas desapareció y mi tío y el capataz la buscaron sin suerte durante dos días, hasta que vieron una decena de zopilotes girar en el cielo. Se internaron en esa dirección por la falda del cerro y cuando desesperaban por no encontrarla, el ranchero señaló gruesas manchas de sangre en la hojarasca. Un zumbido de moscas les llamó la atención y al alzar la vista, encontraron los restos de la vaca colgados de una rama muy alta, en la más grande de todas las ceibas que había por ahí. Cuando mi tío preguntó cómo carajos se trepó ahí esa vaca, el ranchero meneó la cabeza y le explicó que a veces, cuando no hay comida en el monte, los animales más grandes suelen bajar a las rancherías, que el único capaz de tomar una vaca entre sus fauces y subirse de un salto con ella hasta la copa de un árbol era ese animal de uña y garra que la gente de por ahí llama tigres, pero en realidad son jaguares, porque tigres no hay en esa región. El animal que se comió a la vaca no tenía la piel cruzada por rayas, sino por manchas ovaladas y oscuras, “formas incorruptibles y eternas”, como las llamó Borges en “La escritura del dios”.

Un mes después encontraron los huesos de una vaca más grande, bajo la ominosa parvada de zopilotes. El mismo hallazgo se repitió varias semanas más tarde, con la tercera vaca. Para entonces los rancheros ya le habían advertido a mi tío que el

animal se había envenenado con el ganado del rancho y nada le impediría atacar a los propios rancheros después, cuando regresaran a sus casas por la noche, atravesando la selva a machetazos, o Dios no lo quiera, a sus hijos, cuando salieran a jugar: la única manera de impedir una tragedia consistía en salir a cazarlo. A partir de ese momento mi tío prohibió a mis primos alejarse de la casa y organizó a los pocos rancheros que tenían escopeta de manera que siempre hubiera dos personas montando guardia para vigilar el ganado y el rancho. Contra su costumbre inicial, de dejar las reses a su libre albedrío, las concentró en el establo. El peligro se conjuró durante una temporada, pero todos sabían que el animal seguía allí, acechando en lo oscuro.

Llegó el fin de mes, y la obligación de pagar a los rancheros. Mi tío viajó muy temprano a la ciudad para sacar el dinero del banco, y por lo sinuoso de las veredas y lo difícil que era transportarse en la sierra, la noche lo sorprendió en los alrededores del establo cuando intentaba volver. Al llegar a una parte en que el camino se confundía con la maleza, su caballo se encabritó y trató de dar media vuelta con tanta vehemencia que mi tío a duras penas logró controlarlo. Como mi tío no soltaba las riendas, el caballo giró dos o tres veces alrededor de sí mismo; gracias a que llevaba la linterna encendida, advirtió que dos ojos enormes, de color esmeralda, relumbraron a pocos pasos del caballo. Como pudo, sacó la escopeta y disparó hasta que se acabaron las balas. Los rancheros que corrieron en su ayuda no se detuvieron hasta encontrar, no lejos de allí, el cadáver de un animal grande y pesado, como esos que en las novelas de Traven toman un burro entre sus fauces y saltan a la copa de un árbol para mejor devorarlo. Al día siguiente, mi tío fue a buscar un fotógrafo al diario más próximo. Se requirieron dos mulas para

izar al tigre, atado del torso con cuerdas trenzadas, y que mi tío, entonces delgado y joven, con anteojos para la miopía, posara a un costado del animal con sus anteojos de lector de novelas y su pequeña escopeta. El retrato agradó tanto al fotógrafo que envió una copia a los diarios locales.

Mi abuela, que vivía en la ciudad de México, se enteró de todo cuando sintonizó un noticiero de alcance nacional y el locutor más popular de la televisión concluyó su emisión con un caso de la vida real: “Algunos se van a África a cazar tigres, por placer. El señor Jesús Heredia los caza para defenderse, en el patio de su casa”. Y mostraron la foto en que mi tío posaba junto a un monstruo mucho más grande y ancho que él. Mi abuela, que patrocinaba los proyectos ganaderos de mi tío, convencida de que vivía en un lugar idílico, donde no corría riesgo alguno, tomó el primer avión a Tampico y de allí viajó en carretera sólo para regañar a su primogénito y exigirle que regresara a la ciudad. Antes de hacerlo, mi tío mandó la piel del tigre a disecar, y el artesano reconstruyó tan bien como le fue posible la parte superior del cráneo, a la cual agregó los colmillos originales. Fue así que la piel y la foto del tigre llegaron a la sala de su casa.

Muchos años después de que mi tío Jesús muriera, platiqué con mi tía Carmen, y le pedí que me contara el cuento del tigre. Luego de oír mi versión, mi tía suspiró: “Ay mijito, con mucho cariño, pero la cosa no sucedió así, aunque así la contaba tu tío”. Y me hizo tres precisiones:

Primero: quien se adelantó a dispararle al tigre no fue mi tío Jesús, sino el capataz. Mi tío apenas alcanzó a controlar al caballo enloquecido de horror durante el instante del ataque. Fue el capataz, que viajaba junto a él, y llevaba toda la vida domando caballos, quien logró desenfundar, y antes de que su

caballo posara las patas delanteras en el suelo, disparó tantas veces como pudo, con mucho mejor puntería que mi tío, cuando el tigre se acercaba a atacar.

Segundo: que el tigre no murió al recibir esos balazos, sino que logró escapar. La verdadera aventura fue mucho más complicada: consistió en convencer a un grupo de rancheros asustados de que era indispensable rastrear al animal herido esa misma noche, bajo la luz de las estrellas del golfo, a fin de hallarlo y matarlo. De lo contrario, como advertían los viejos, peligrosaban hombres y animales de todas las rancherías a la redonda, pues un tigre herido se convierte en un furioso asesino. Lo encontraron en un acantilado, en la base del cerro; agonizante, pero capaz de grandes proezas. El tigre intentó escapar en cuanto percibió a los hombres, y saltó de un rincón a otro, pero los tiradores acabaron con él. Y como su pecho se seguía moviendo mientras se arrastraba, fue necesario darle el último tiro, por eso que los rancheros llamaron *piedad*.

Tercero: fue mi tío quien le dio el último tiro, pero no por valor, sino porque sus vecinos lo obligaron a hacerlo. Le dijeron: “Usted tiene la culpa de esto, usted empezó todo cuando trajo sus vacas raras, usted lo debe terminar”. Y así fue que un joven muy miope y lector de novelas se ajustó las gafas y tuvo que dominar el miedo más grande que tuvo en toda su vida.

Salté a ver la fotografía que mis primos atesoraban en la pared de la sala. La sacamos del marco y por primera vez en mi vida aprecié que la foto tenía un doblez, porque las historias cortas y los cuentos más asombrosos necesitan condensarse para funcionar. La imagen ya desplegada no sólo mostraba la imponente ceiba, el monstruoso tigre, colgado de ella por gruesas cuerdas, y al cazador de anteojos, posando junto a los

restos del animal. También estaba un tercer personaje, a unos pasos de ahí, que aparecía al desdoblarse el papel: un indígena bajito y fornido, de apenas un metro cincuenta, camisa de cuadros y botas vaqueras, conteniendo a las mulas que izaron al depredador.

Para contar un cuento sobre la vida y la muerte basta con un hombre y un tigre. Pero si lo que queremos es una novela, hay que sacar la foto del cuadro, deshacer el doblez, preguntarnos dónde está la verdad, quién mató al tigre y quién jala las cuerdas que sostienen el mundo.



## El héroe que salió de un sombrero

*A Augusto Cruz y Luis Carlos Fuentes*

En el reino de la ficción, un detalle puede hacer la diferencia entre un héroe y un asesino. Tomemos el ejemplo de los sombreros. En la testa de Charles Chaplin un discreto bombín es un objeto apacible, mientras que en los films de James Bond, si se ajusta con dificultades sobre el cráneo de un guardaespaldas, podemos asegurar que está equipado con una sierra eléctrica y fue diseñado para decapitar estatuas y espías; si le queda muy estrecho a un adolescente en un film de Kubrick, estrecho será también el aprecio que tenga este sujeto por la vida de los otros.

Sobre la frente de Robert Mitchum, un sombrero de alas anchas y extendidas como las de un ave negra anuncia que su propietario es un depredador del camino, un tenaz acosador de los débiles, dispuesto a perseguir a sus pobres víctimas por todo el país de ser necesario, a fin de mejor castigarlas. Uno diría que todos los sombreros de ala ancha anuncian a personajes tenebrosos

e incapaces de sonreír. Pero al ver ese sombrero también de alas grandes, copa corta y ceñida, ajustada con precisión quirúrgica sobre la cabeza del infalible cazador de recompensas que es Lee Van Cleef en *For a few dollars more*, uno ve cómo cambia el efecto: ese hombre de bigote luciferino, aficionado a las capas anchas y a los rifles delgados, ya no sabemos si es un sacerdote, un cirujano o un torturador. Es curioso, por cierto, que en las películas de Sergio Leone los personajes que tienen roles administrativos, telegrafistas o gerentes de banco, suelen usar viseras tan cortas como su visión del mundo y su aprecio por la aventura. En los films de Leone, los sombreros de los personajes se encuentran ligados a los actores de un modo esencial. A veces representan con tanta precisión los rasgos más característicos del personaje que sería una pena que prescindieran de ellos. Para Leone, el alma de los personajes está en el sombrero.

Pero a veces el alma tiene frío, y vemos a Clint Eastwood o a Eli Wallach recubiertos no sólo con pesados sarapes mexicanos, sino también con impecables sombreros delgados, finos como las decisiones del protagonista, y en el caso de Eli Wallach, por melenas tan espesas y sucias que tienen más de casco que de pelambre.

Cascos usan también algunos de los personajes más ambiguos del cine de acción: Darth Vader y La Novia de *Kill Bill*. Quienes los ven llegar enfundados en sus disfraces de un negro tétrico o un amarillo fosforescente, saben que van a morir. Pero ojo: si bien el casco enmascara sus intenciones, no es una garantía de que haya algún misterio adicional en el personaje.

Si Clint Eastwood usara bombines o sombreros estropeados en sus películas de vaqueros sería un héroe muy discutible —como le ocurre a Humphrey Bogart en *El tesoro de la sierra*